

y Queipo era el principal asesor del obispo San Miguel. Nada tiene de extraño, en consecuencia, que el obispo le mostrara aquel escrito y solicitara su parecer.

Las observaciones sobre el poco probable éxito de un escrito como aquél, que no tomaba en cuenta que a una medida política, (lo era en última instancia la supresión de la inmunidad eclesiástica), era necesario responder con razones de orden político también, debieron ser tan agudas y sólidamente fundamentadas que San Miguel aceptó que Abad y Queipo lo rehiciera totalmente en su enfoque general y en la argumentación. Y esta segunda versión y no la primera fue enviada a la Corona.

Pertenezca o no la "Representación anónima sobre la inmunidad personal del clero" a San Miguel, lo cierto es que un superficial análisis comparativo entre ambas representaciones muestra la coexistencia en un marco tan reducido como el antiguo obispado de Michoacán de las manifestaciones más extremas del pensamiento tradicional y del moderno.

Plantea, desde luego, muchas más posibles e interesantes hipótesis de trabajo, pero de momento baste con lo señalado. Como se ve, está abierto a la actual tarea historiográfica un enorme campo de investigación, que debe ocupar atención preferente en los estudios, que como el de Timmons, intenta ofrecer una imagen e interpretación acertada del periodo emancipador y de sus protagonistas.

Germán CARDOZO GALUÉ
El Colegio de México

Agradecemos al doctor Enrique Florescano el habernos facilitado su valiosa recopilación de documentos sobre la crisis agrícola en el obispado de Michoacán, 1785-1786

Luis VILLORO, *El Proceso Ideológico de la Revolución de Independencia*. México, Universidad Autónoma de México, 1964, 246 pp.

La primera edición de esta obra apareció en 1951 con el título de *La Revolución de Independencia*. En la más reciente edición, la segunda, Villoro modifica el título original con el propósito de

circunscribirlo mejor a lo que, en realidad, es la materia del libro. El autor perteneció al grupo "Hiperión" que, en 1947, emprendió una seria investigación acerca de la realidad mexicana. De esta época datan sus dos estudios históricos principales: *Grandes Momentos del Indigenismo en México*, publicado en 1950 y *El Proceso Ideológico de la Revolución de Independencia*.

La obra trata del desarrollo de las ideas y actitudes políticas que como causas o efectos, incidieron en la dinámica de la revolución de independencia. El estudio cubre el periodo que va desde 1808 a 1823, aunque las conclusiones vertidas en el último capítulo enlazan los planteamientos principales de la obra con la época santanista.

La revisión superficial de los sucesos de la independencia muestran al autor paradojas no resueltas: "muchos de los precursores del movimiento se transforman en sus acérrimos enemigos en el instante mismo en que estalla; no consuman la Independencia quienes la proclamaron, sino sus antagonistas, el mismo partido revolucionario derrota a los consumidores de la Independencia" (p. 13). El objeto primero de su análisis será delimitar quiénes eran los precursores y quiénes los antagonistas y, posteriormente, explicar el papel de cada uno en la lucha.

En el prólogo a la primera edición, Villoro anticipa su método de análisis. Se trata, en primer lugar, de indagar lo que los hombres de principios del siglo XIX realizaron y pensaron. Mas no es posible partir de una totalidad amorfa de hombres para emprender el estudio, ni de individualidades descollantes tampoco. Debe partirse de grupos humanos sujetos a distintas condiciones cada uno, es decir, de las clases sociales.

La "situación" peculiar de cada clase, su circunstancia, determina el horizonte de sus posibilidades. Villoro presenta una distribución estamental de orden económico. Prescinde (y esto es un acierto) de la convencional distribución de orden étnico con esquemas convencionales de español-criollo-mestizo-indio-castas. Distingue cuatro clases sociales: la clase europea de administradores y comerciantes, que ve a la sociedad y al país como un "haber"; clase que depende totalmente de la Corona y que por tanto constituirá el grupo contrarrevolucionario por excelencia. La clase propietaria y castrense que vive en perpetua oscilación entre el recelo apenas larvado contra la metrópoli que imposibilitaba el desarrollo a gran escala del país debido a las legislaciones caducas y a la burocratización, y una obediencia resignada a la misma;

clase que se alía en un principio a la europea contra las dos clases restantes que realizan la revolución, y que después, paradójicamente, consume la independencia.

La clase media, que para Villoro es la "Intelligentia detectora de lo posible", está compuesta por sacerdotes y juristas marginados, sin propiedad alguna, para los que la Corona era, no el símbolo de lo lejano ni de lo obstaculizador, sino de lo ilegítimo. La clase trabajadora, apenas consciente de su condición de explotada, se compone de indios y castas que necesitarán un caudillo para lanzarse a la lucha que finalmente les rendirá frutos amargos.

Después de plantear la "situación" concreta de la sociedad novohispana a fines del siglo XVIII, Villoro continúa su método. Toda "situación" de un individuo o clase social no puede ser considerada como una red de relaciones pasivas entre los hombres y el mundo.

Toda "situación" implica un "desafío", una "incitación que exige una respuesta". Cada individuo o grupo humano responde a su "situación", salvando por así decirlo, su circunstancia. Cuando esto ocurre comienza la dinámica histórica. Clases sociales e individuos adoptan actitudes prácticas y concepciones ideológicas ante la novedad. La "respuesta" al "desafío" se funda en libertad —aun cuando sea en una libertad limitada por la circunstancia de la que parte—, a la respuesta sigue la vivencia de la temporalidad, distinta para cada protagonista de la lucha. Otra aprehensión del tiempo está destinada para cada individuo y grupo humano.

La "respuesta" del grupo de clase media y clase trabajadora a su "situación" es analizada por el autor en "el instanteísmo". El relato se centra en la personalidad de Hidalgo, un criollo ilustrado de clase media, que se lanza en el "instante" a responder el "desafío" planteado por el secuestro del virrey Iturrigaray.

Villoro presenta las acciones del ejército heterogéneo y desorganizado de Hidalgo como vivencias de la "libertad negativa". El cura de Dolores se empeña en abolir, suprimir, permitir matanzas. Aparece devorado por el torbellino revolucionario que, fatalmente, "devora a sus propios hijos".

La trayectoria de Morelos, en cambio, es tratada como la vivencia de la "libertad positiva". El cura de Carácuaro, dicta los "sentimientos de la nación", legisla, racionaliza su lucha con genio militar y, en última instancia se pliega a su creación máxima, el Congreso de Chilpancingo. Ello le acarreará, fatalmente también, su arresto y muerte.

“El Instanteísmo” es quizá, literariamente, el más bello de los capítulos de la obra. Al hablar del instante encarnado de libertad, de la embriaguez en la libertad negativa, las descripciones lindan en lo poético y adquieren, con ello, la “sugerencia” imprescindible.

Algunas investigaciones acerca de la lucha de independencia, concluyen en el análisis de la “respuesta”. Consideran las motivaciones de Hidalgo y Morelos semejantes a las de Mina e Iturbide y ven en el Plan de Iguala, la consecuencia de la ambición personal de Iturbide.

En realidad, la revolución de independencia fue mucho más compleja. No fue, desde luego, la pugna entre dominantes y dominados, tampoco constituyó una guerra civil entre dos bandos claramente delimitados.

Las clases sociales siguieron trayectorias políticas e ideológicas insospechadas a través de la lucha. Al final de ella, están definidas las dos principales tendencias políticas e ideológicas que dominan al país durante casi todo el siglo XIX.

Para Villoro, la parte medular de su labor está en la interpretación de los hechos a través del estudio de ellos mismos y de las concepciones teóricas que llevan aparejados. Comportamiento e ideas, dice, “pueden considerarse testimonios involuntarios de una actitud del hombre ante su mundo que la mayoría de las veces no se encuentra expresada reflexivamente, pero hay que suponer para entenderlos” (p. 10).

En esta “suposición”, en la actitud del hombre ante su mundo, que Villoro llama “actitud histórica”, está el fundamento de su interpretación. Las clases sociales y los individuos, al ser colocados ante nuevas situaciones y circunstancias, deciden consciente e inconscientemente, su condición presente y futura, a través de una “actitud histórica”. En la vivencia de las “actitudes históricas”, las barreras temporales, las circunstancias, parecen ceder al empeño humano; entonces sólo el hombre o el grupo social se ve forzado a definir su “lugar” en un nuevo orden.

Sin perder de vista la distribución social previa a la lucha, el autor rastrea en una amplia gama de fuentes primarias y secundarias, las mutaciones de las ideas concebidas por los hombres más representativos de cada grupo social.

En “Ideas Políticas y Religiosas de la Clase Media” presenta dos posiciones cualitativamente semejantes que descubre en hombres como Bustamante, Cos y Quintana Roo en la política, y Lizardi y Mier, en la visión religiosa. En “la conversión, el futu-

rismo", presenta las vitales alteraciones que se dieron en las ideas de la clase media. Es en la clase media donde se realiza, según Villoro, "la más temeraria aventura a la que puede arrojar un pueblo: la aventura de la conversión" (p. 146). De ella nace el grupo liberal que verá en la razón, la organización y la libertad, la única posibilidad de ser de la nación independiente.

La "actitud histórica" de la clase propietaria y militar es profundamente analizada en el "Preterismo Dinámico". Estos hombres consuman la independencia, desplazan a la clase europea petrificada en un "preterismo estático" y conforman la otra tendencia política e ideológica que domina al siglo pasado, posición, que por facilidad, la historia ha llamado conservadora.

El autor estudia en el último capítulo ambas tendencias, después de que a través de la obra, ha esclarecido magníficamente la génesis de ellas. En "La Revolución Desdichada", que es el capítulo final, hablan las dos figuras más ilustres de los dos grupos: Mora y Alamán. Se relatan sus concepciones siempre agudas e inteligentes, siempre sinceras; se adivina tras ellas la razón última de esa época oscura y triste que, para la historia de México, fue la era santanista.

El Proceso Ideológico de la Revolución de Independencia es un libro fundamentalmente rico, congruente, revelador. Es un libro de historia cimentado en una posición filosófica firme y explícita, un libro primario entre las fuentes secundarias de la época.

Enrique KRAUZE
El Colegio de México